

Ya comenzó. Este fue el mensaje de WhatsApp que recibió Nadiia Vasylychenko a la una de la mañana del 25 de febrero pasado en su casa en Santiago. Se estaba

preparando para dormir junto a su marido, un chileno que conoció cuando llegó al país por primera vez desde Ucrania. Encendió su computador para descansar mientras veía la transmisión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

A través de la pantalla se veían a los embajadores de la ONU en Nueva York, en una reunión de emergencia. Vladimir Putin anunciaba que sus fuerzas iniciaban el ataque a Ucrania.

—Entré en shock, pensé: “Esto no debe estar pasando”, “no puede ser” —cuenta

Dice que pensó en sus hermanas, sus padres y la familia que quedaba allá. Logró contactarse con una tía que hacía sus maletas para huir desde su pequeña ciudad cerca del puerto de Odessa. Luego habló con sus hermanas que vivían cerca de la capital. Oksana partía a Transcarpatia, una región en la frontera con Hungría. Marina se encontraba en Vorzel, a ocho kilómetros de las unidades militares nacionales y el aeródromo militar. Le contestó desde el sótano, cuando empezaron los bombardeos en las cercanías.

—Cuando toda mi familia empezó a moverse, yo dije “ya, esto va en serio” —recuerda.

También habló con sus padres. Se ríe al contar que, a pesar de todo, su mamá la retó por estar despierta tan tarde y la mandó a dormir luego de contarle que estaban bien. El pequeño pueblo de Korop, donde vivían ellos, en la frontera con Rusia, entre pantanos y ríos, todavía estaba imperturbable.

—Traté de dormir, pero me fue mal. Dejé un rato de revisar las noticias, pero no pude. Desde el día siguiente y hasta tres semanas más, no paré de revisar las noticias —confiesa

El 24 de febrero Putin anunció una operación militar especial para “la desmilitarización y la desnazificación de Ucrania”, lo que inició un conflicto que hasta el 1 de junio contabilizaba 4.074 muertos, 4.826 heridos y más de 250 menores fallecidos, según la Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos de Naciones Unidas (ACNUDH).

Al día siguiente del inicio de la invasión, Nadiia, oriunda de Chernihiv, supo que tenía que hacer algo por su país.

Llegó a Chile hace 18 años a trabajar como traductora y hoy es parte de la pequeña comunidad ucraniana asentada en el país que, según la embajada en Chile, no supera los 400 personas. Han llegado paulatinamente desde la separación de la Unión Soviética (URSS) en 1991.

—La mayoría son mujeres que se casaron con chilenos y vinieron al país para establecerse —comentan desde la embajada.



A TRES MESES DE LA GUERRA:

LAS VOCES DE LAS ucranianas EN CHILE

Aunque esta comunidad no supera las 400 personas, se han hecho notar. Han organizado vigiliias, manifestaciones, tocatas e incluso partidos de fútbol para apoyar a sus familiares. Sienten culpa y el peso emocional de estar lejos de sus seres queridos. “Es como decirles: Disculpen que esté viva, disculpen que no tenga que correr, esconderme ni llorar”.

Por DANIELA BRICEÑO. Fotos: SERGIO ALFONSO LÓPEZ



Dice que a pesar de estar en Chile no podía quedarse de brazos cruzados. Acudió al grupo de Facebook de ucranianos en Chile y acordaron ir a la embajada de Rusia, en la comuna de Vitacura, a protestar por lo que estaba sucediendo a más de 13 mil kilómetros de distancia.

Días después, cerca de 40 ucranianos se reunían con carteles que decían: “Chile ayuda a Ucrania”; “Ucrania es un bello país, no es para la guerra”; “Vladimir, hijo de Putin!” y la bandera de su país en diferentes tamaños.

—Las primeras semanas la comunidad iba todos los días, eran alrededor de 15 personas.

Desde entonces han organizado una docena de eventos para visibilizar la crisis humanitaria por la que está pasando su país. Han recaudado casi 13 millones de pesos entre un partido de fútbol solidario, una rifa, una feria típica, venta de poleras en su sitio web, una venta de garaje y una tocata. También han realizado manifestaciones en las cercanías de La Moneda; una de ellas fue en conmemoración a los niños fallecidos por la guerra, donde colocaron ropa de niños extendida por el centro de la Plaza de la Ciudadanía mientras los ucranianos asistentes —vestidos con colores de su país— permanecían arrodillados con la boca vendada y carteles que pedían la salvación de diferentes ciudades atacadas.

Nadiia Vasylychenko vivió en la época en la que aún existía la Unión Soviética y no duda en compartir algunas de sus historias de ese entonces.

“En el jardín infantil, nosotros teníamos el retrato de Vladimir Lenin, que es el padre de la Unión Soviética. Si te portabas mal, te ponían frente a este retrato y te regañaban y te decían: ‘Eres un sinvergüenza, mira cómo te mira el abuelito Lenin’, cosas así. Era un régimen total”.

Dice que hoy se siente muy orgullosa de su país:

—Es la primera vez que el mundo ucraniano se unió. Desde occidente a oriente, de norte al sur. Por fin, nos sentimos ucranianos. De hecho, yo tenía mucha envidia de los chilenos en la celebración de las fiestas patrias —justifica.

Los videos emotivos de esta cofradía ucraniana frente a la embajada de Rusia muestran a cada ucraniano, con una mano en el pecho. Otros con muchas banderas de su país, sostenidas lo más alto posible, algunas tienen escritas consignas de esperanza en el medio: “Paz para Ucrania”; “Stand with Ukraine” (Apoyen a Ucrania); “No más guerra”, entre muchos mensajes más.

El himno de este país siempre está sonando. Es más, algunas personas reparten papeles con la letra de este canto y otras hacen que este suene aún más fuerte con la ayuda de megáfonos. Este cántico va dirigido a las puertas de la embajada de Rusia, que está cerrada, sin que nadie reciba estos mensajes.

Algunas mujeres sostienen coronas de flores, un símbolo tradicional del país europeo. Un bastidor de madera cubierto por flores celestes, rojas, naranjas y algunos girasoles, la flor típica de su nación. Cuando se aproxima a una persona, esta toma una cinta de los mismos

colores que las flores y la amarra al adorno. Se preocupan que cada asistente a la manifestación deje un listón, como si estos representarían la contribución que están haciendo para su país.

Miroslava Parra (32) llegó a Chile a los 13 años con su papá, Luis Parra, un chileno que fue a la URSS en 1982. Cuenta que su ciudad natal, Odessa, el puerto comercial marítimo más grande de su país, a su parecer, tenía la cultura rusa como credo:

—En mis tiempos, mi ciudad era 90 por ciento ruso parlante. Yo iba a un colegio ruso parlante. Mi crianza fue de una niña en una sociedad post soviética. No sentía que Ucrania fuese un país independiente, porque en el aire se respiraba una vida muy similar a lo que había sido en la Unión Soviética. Ahora miro hacia atrás y me doy cuenta de que hasta el año 2000 no teníamos el chip de que ya no éramos parte de Rusia.

Con el inicio de las invasiones, cuenta que sus amigos chilenos le empezaron a preguntar qué pasaba y ella, sintiendo el deber de dar respuestas informadas, empezó a investigar más sobre su cultura:

—Antes decía ‘nosotros los rusos’, cuando en realidad lo correcto es decir que somos rusoparlantes. Ahora, prometo que nunca volveré a aceptar que me digan que soy rusa. Nunca más. Aunque me dé pena aceptarlo, lo tomo como una ofensa —aclara.

“En Rusia siempre fue así como ‘nosotros somos un imperio, nosotros somos una potencia’; se creen superiores que los demás”.

Anna Akhmedulina (35) vive en Chile desde hace ocho años luego de conocer a un chileno en Europa, su actual pareja y mudarse con sus dos hijos, Elyse e Ivanka, a Santiago. En Ucrania quedaron sus padres y su hermano.

—Una de mis excompañeras de colegio murió tratando de huir del país. Hubo un choque de un bus. Su hijo estaba grave. Otra amiga también murió, solo que se desconoce cuál fue el motivo de su muerte —dice Anna Akhmedulina.

Otra excompañera sigue perdida en Mariupol, al sur del país, pero por los constantes bombardeos que hay en la zona y por más doloroso que sea para ella, Anna Akhmedulina la da por fallecida:

—No sé si vamos a saber más de ella —lamenta.

Para esta ucraniana, siempre hubo un trato diferente de los rusos a los de su nacionalidad.

—Dicen que los ucranianos somos nacionalistas y yo creo que en Rusia siempre fue así como ‘nosotros somos un imperio, nosotros somos una potencia’; se creen superiores que los demás. Llevan años con esa propaganda —dice.



MIROSLAVA PARRA.



NADIIA VASYLCHENKO.



ANNA CORREA.



ANNA AKHMEDULINA.

Cuenta que una forma despectiva de llamar a un ucraniano es decirle “jojol”, un estereotipo que nace desde el corte de cabello tradicional de los cosacos, personajes históricos que eran nómadas o seminómadas, étnicamente esclavos, que se ubicaron en lo que actualmente es el sur de Ucrania. Este corte se caracterizaba por tener la cabeza totalmente rapada, a excepción de la chasquilla, que está peinada hacia el lado.

—Nosotros, en Ucrania, jamás les dijimos nada malo a los rusos. No sé de una palabra mala hacia ellos —aclara.

Ahora, con la guerra, esta dinámica se ha incrementado aún más. En años anteriores, los nativos de países de Europa Oriental estaban todos unidos en una misma comunidad en Chile. Las dos nacionalidades que estaban más presentes eran la rusa y la ucraniana, por lo que era común ver amistades de ambas patrias.

Anna Correa es una periodista ucraniana. Llegó a Chile, el país natal de su papá, en el año 2000.

—Existe cierta dualidad. Cuando tú naces en un país, siempre lo llevas como dentro. Yo te diría que es como que Chile es mi papá y Ucrania es mi mamá. Entonces es como que estás en dos patrias —admite Anna Correa.

Dentro de este dilema, la ucraniana con raíces chilenas encontró esta comunidad de migrantes radicados en el territorio nacional y se sintió comprendida entre ellos:

—En algún momento fuimos un grupo de exsoviéticos —cuenta.

El problema principal, dice Anna, nació con la llegada de la guerra, cuando algunos rusos no ofrecieron apoyo a los ucranianos. Sostiene que hay pocos rusos que han ofrecido una mano para apoyar a Ucrania; otros tienen miedo de hablar en contra del régimen por las consecuencias que pueden tener:

—Es como ‘qué lata, pero no me meto porque tengo miedo, porque tengo a mis papás en Rusia, porque les puede pasar algo si yo opino’. También hay otras que abiertamente dicen que apoyan a Putin.

La mejor amiga de Anna Correa era una rusa que conoció en este grupo de antiguos miembros de la URSS en Chile. Con el inicio de las invasiones en Ucrania, la ucraniana comparte que notó el silencio de su amiga frente a lo que estaba ocurriendo:

—Quizás fue un momento demasiado fuerte para mí. Yo le escribí y le dije que era prácticamente mi hermana, que cómo no me apoyaba en nada, que no era capaz de mandarme un par de palabras y decir: “Anna, ¿cómo estás?”. Cosas así. Necesitaba apoyo de parte de ella —cuenta.

Nadiia Vasylchenko dice que no buscan incitar al odio, sino que al amor por tu propio país.

—Yo no necesito matar a alguien para demostrarle que soy buena como ucraniana. No necesito odiar a alguien.

Admite que estar fuera de Ucrania ha sido difícil.

—El peso emocional es muy fuerte y va de la mano con la culpa. Es como decir: “Disculpen que yo esté viva, disculpen que no tengo que correr, ni esconderme, ni llorar”. ■